

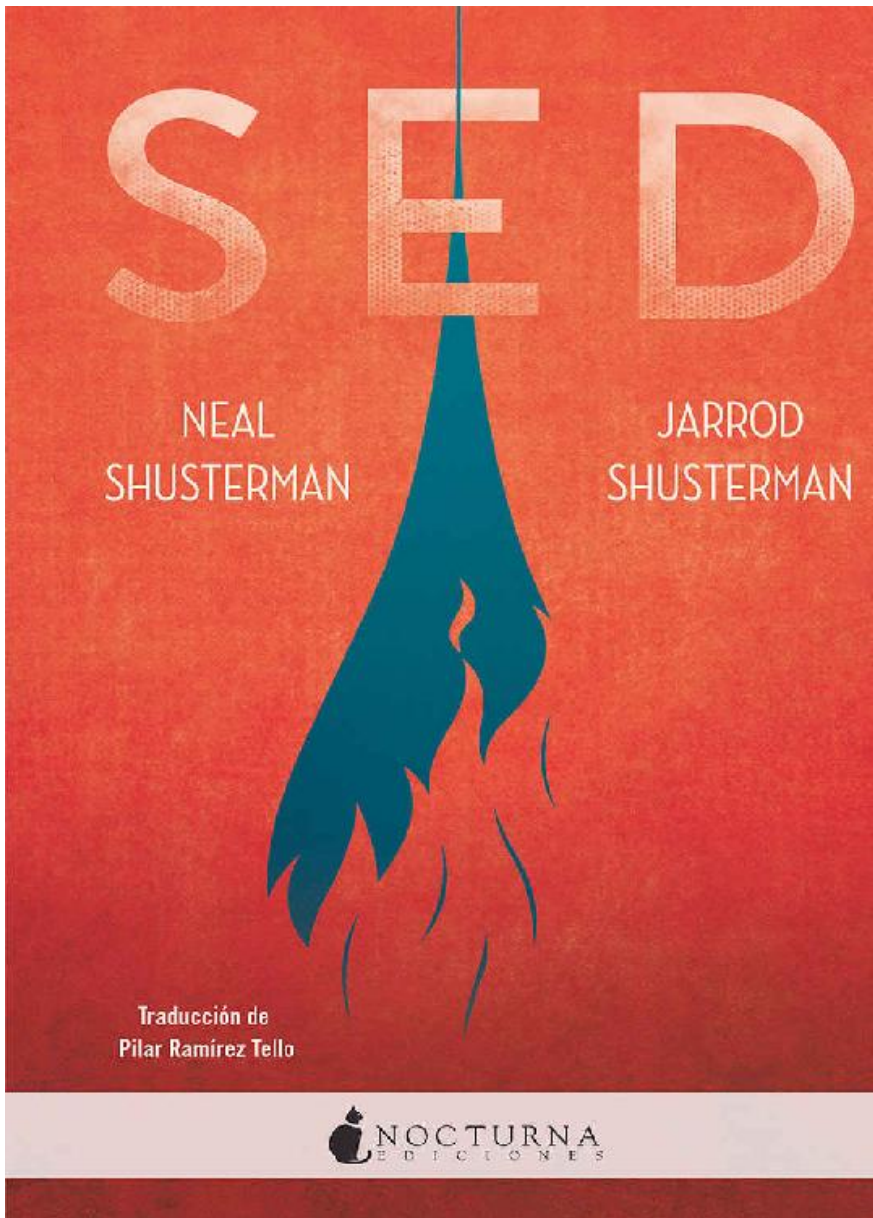
SEED



NEAL
SHUSTERMAN

JARROD
SHUSTERMAN

Traducción de
Pilar Ramírez Tello



NEAL SHUSTERMAN
JARROD SHUSTERMAN

SED

Traducción del inglés
Pilar Ramírez Tello



Título original: *Dry*

Spanish language copyright © 2019 by Nocturna Ediciones

Original English language edition:

Text copyright © 2018 by Neal Shusterman and Jarrod Shusterman

Published by arrangement with Simon & Schuster Books For Young Readers,

An imprint of Simon & Schuster Children's Publishing Division

All rights reserved. No part of this book may be reproduced or transmitted in

any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying,

recording or by any information storage and retrieval system, without

permission in writing from the Publisher.

© de la obra: Neal Shusterman and Jarrod Shusterman, 2018

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2019

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: Junio de 2019

Edición Digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-17834-27-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autori-

zación de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Este libro está dedicado a todos los que se esfuerzan por deshacer los desastrosos efectos del cambio climático.



PRIMERA PARTE
RESTRICCIÓN

DÍA UNO SÁBADO, 4 DE JUNIO

1) Alyssa

El grifo de la cocina hace unos ruidos rarísimos.

Tose y resuella como si tuviera asma. Gorgotea como una persona que se ahoga. Escupe una vez y guarda silencio. Nuestro perro, *Kingston*, levanta las orejas, aunque guarda las distancias con el fregadero por si de repente volviera de nuevo a la vida; no tenemos esa suerte.

Mi madre se queda donde está, con el cuenco de agua de *Kingston* en la mano, debajo del grifo, desconcertada. Después cierra el paso del agua y dice:

—Alyssa, ve a por tu padre.

Desde que remodeló la cocina él solo, mi padre se engaña dándoselas de gran fontanero. Y electricista. «¿Por qué pagar un dineral a los contratistas cuando puedes hacerlo tú mismo?», decía siempre. Después predicó con el ejemplo. Desde entonces no dejamos de tener problemas de fontanería y electricidad.

Mi padre está en el garaje trabajando en el coche con el tío Laurel, que ha estado viviendo a ratos con nosotros desde que fracasó su plantación de almendros en Modesto. En realidad se llama Herb, pero en algún momento mi hermano y yo empezamos a ponerle los nombres de las distintas hierbas del jardín: tío Eneldo, tío Tomillo, tío Cebollino y, durante un tiempo que mis padres desearían que olvidáramos, tío Cannabis. Al final fue Laurel el nombre que cuajó.

—¡Papá! —grito al interior del garaje—. Problemas en la cocina.

Los pies de mi padre asoman por debajo de su Camry como si de la Malvada Bruja del Oeste se tratara. El tío Laurel está escondido debajo de una masa tormentosa de vapor de cigarrillo electrónico.

—¿No puede esperar? —me dice desde debajo del coche.

Pero yo ya presiento que no.

—Creo que es importante —respondo.

Se desliza hasta el exterior y, tras dejar escapar un profundo suspiro, se encamina a la cocina.

Mi madre ya no está allí, sino de pie en el umbral entre la cocina y el salón. Está ahí, sin más, con el cuenco de agua vacío del perro todavía en la mano izquierda. Me recorre un escalofrío, aunque todavía no sé por qué.

—A ver, ¿qué es ese problema tan importante como para sacarme de...?

—¡Chiss! —lo corta mi madre.

Rara vez interrumpe así a mi padre. A Garrett y a mí nos lo hace continuamente, pero mis padres jamás se man-

dan a callar el uno al otro. Es una norma tácita.

Está viendo la tele, donde una presentadora parlotea sobre la «crisis de suministro». Así es como los medios han estado llamando a la sequía desde que la gente se cansó de oír la palabra *sequía*. Más o menos igual que cuando el *calentamiento global* se convirtió en *cambio climático* o la *guerra*, en *conflicto*. Sin embargo, han dado con un nuevo eslogan, con una nueva fase en nuestros problemas con el agua: la llaman la *restricción*.

El tío Laurel sale de su nube de vapor lo justo para preguntar:

—¿Qué pasa?

—Arizona y Nevada acaban de retirarse del acuerdo de ayuda del embalse —responde mi madre—. Han cerrado las esclusas de todas las presas porque dicen que necesitan el agua para ellos.

Lo que significa que el río Colorado ya ni siquiera llegará hasta California.

El tío Laurel intenta procesarlo.

—¡Van a cerrar el río entero como si fuera una espita! Pero ¿pueden hacerlo?

Mi padre arqueó una ceja.

—Ya lo han hecho.

De pronto, la imagen nos muestra una rueda de prensa en directo en la que el gobernador se dirige a un grupo de periodistas angustiados.

—Se trata de un incidente desafortunado, aunque no del todo imprevisto —dice—. Tenemos a nuestros expertos trabajando las veinticuatro horas del día para negociar un nuevo acuerdo con distintas partes.

—¿Y eso qué significa? —pregunta el tío Laurel; tanto mamá como yo lo mandamos callar.

—*Como medida de precaución, las empresas de abastecimiento municipales y del condado van a redirigir temporalmente todos sus recursos a los servicios esenciales. Aun así, debo insistir en la necesidad de mantener la calma. Me gustaría asegurarles personalmente a todos que se trata de una medida temporal y que no hay nada de lo que preocuparse.*

La prensa empieza a bombardearlo a preguntas, pero él se marcha sin responder ni una.

—Parece que el cuenco de agua de *Kingston* no es el único que se ha quedado seco —dice el tío Laurel—. Supongo que nosotros también vamos a tener que empezar a beber del váter.

Mi hermano pequeño, Garrett, que está sentado en el sofá esperando a que vuelvan a emitir los programas normales de la tele, pone la mueca apropiada, lo que hace reír a nuestro tío.

—Bueno —le dice mi padre a mi madre sin mucho entusiasmo—, al menos esta vez el problema de fontanería no es mío.

Me meto en la cocina para probar a abrir el grifo, como si yo tuviera el toque mágico. Nada. Ni siquiera un minúsculo goteo. Nuestro grifo ha muerto y no volverá a la vida por mucho que le hagamos el boca a boca. Tomo nota de la hora, igual que hacen en la sala de urgencias: 13:32, 4 de junio.

«Todo el mundo va a recordar dónde estaba cuando se secaron los grifos —pienso—. Como cuando asesinan a

un presidente».

En la cocina, detrás de mí, Garrett abre el frigorífico y coge una botella de Gatorade Glazier Freeze. Empieza a bebérselo, pero lo detengo al tercer trago.

—Déjalo en el frigo. Guarda para después.

—Pero tengo sed ahora —protesta.

Tiene diez años, seis menos que yo. Los críos de diez años tienen problemas con esto de la satisfacción inmediata.

De todos modos, ya casi se lo había bebido entero, así que dejo que se lo acabe. Tomo nota de lo que queda en el frigorífico: un par de cervezas, tres botellas más de Gatorade, una botella de leche casi vacía y sobras de comida.

¿No os ha pasado nunca eso de no saber la sed que tenéis hasta darle el primer trago a la bebida? Bueno, pues de repente yo tengo esa sensación con tan sólo mirar el frigo.

Es lo más parecido a una premonición que he tenido en mi vida.

Oigo a los vecinos en la calle. Los conocemos, nos cruzamos con ellos de vez en cuando. El único momento en que muchos de ellos salen a la vez a la calle es el cuatro de julio o cuando hay un terremoto.

Mis padres, Garrett y yo también gravitamos hacia el exterior, todos allí de pie en un extraño conjunto, mirándonos los unos a los otros en busca de consejo o, al menos, de una confirmación de que esto está pasando de verdad. Jeannette y Stu Leeson, del otro lado de la calle, los Malecki y su recién nacido, y el señor Burnside, que tiene setenta años desde que lo conozco. Y, tal como esperábamos,

no vemos a la familia huraña de la casa de al lado, los McCracken, que seguramente se habrán atrincherado dentro de su fortaleza suburbana tras escuchar las noticias.

Nos quedamos allí, mirándonos, con las manos en los bolsillos, evitando mirarnos a los ojos, como mis compañeros en el baile de graduación.

—Vale —dice por fin mi padre—, ¿cuál de vosotros ha cabreado a Arizona y a Nevada?

Todos se ríen entre dientes. No porque tenga mucha gracia, sino porque alivia un poco la tensión.

El señor Burnside arquea las cejas.

—Odio recordaros que os lo dije, pero ¿no os dije que acapararían lo que quedara del río Colorado? Hemos dejado que ese río fuera nuestro único salvavidas. Fue un error ponernos en una posición tan vulnerable.

Antes nadie sabía mucho ni tampoco se interesaba por el origen de nuestra agua. Siempre estaba allí. Pero, cuando el Valle Central empezó a secarse y el precio de los productos agrícolas subió por las nubes, la gente empezó a prestar atención. O, al menos, la suficiente atención como para aprobar leyes y propuestas de los votantes. La mayoría no servía para nada, pero así los ciudadanos tenían la impresión de que se hacía algo. Como la Iniciativa del Uso Frívolo, que ilegalizó cosas como lanzar globos de agua.

—Las Vegas todavía tiene agua —comenta alguien.

Nuestro vecino, Stu, niega con la cabeza.

—Sí, pero acabo de intentar reservar una habitación en un hotel de allí: un millón de habitaciones de hotel y no hay ni una disponible.

El señor Burnside se ríe sin mucho humor, como si disfrutara con la desgracia de Stu.

—Ciento veinticuatro mil habitaciones de hotel, en realidad. Parece que mucha gente ha tenido la misma idea.

—¡Ja! ¿Te imaginas el tráfico en la interestatal para llegar allí? —dice mi madre, algo frustrada—. ¡Mejor que no te pille el atasco!

Y después aporto mi granito de arena:

—Si están desviando el resto del agua a los «servicios esenciales», quiere decir que todavía queda algo. Alguien debería demandarlos para que soltaran un poco. Para que fuera como los apagones programados y cada barrio contara con un poco de agua cada día.

Mis padres parecen impresionados por la sugerencia. Los demás me miran con la típica cara de «ay, qué mona» que tanto me cabrea. Mis padres están convencidos de que un día seré abogada. Es posible, pero sospecho que, si llego a serlo, no será más que un medio para un fin; aunque todavía no tengo claro de qué fin se trataría.

En cualquier caso, eso ahora no nos ayuda; y, aunque mi idea es buena, imagino que hay demasiados intereses personales entre los poderosos para llevarla a la práctica. Y, quién sabe, quizá no quede agua suficiente para compartir.

Suena un teléfono, un mensaje de texto. Jeannette mira su Android.

—¡Genial! Mis parientes de Ohio se acaban de enterar. Como si necesitara su estrés encima del mío.

—Respóndeles: «Enviad agua» —bromea mi padre.

—Saldremos de esta —asegura mi madre. Es psicóloga clínica, por lo que lo de calmar a la gente forma parte

de su naturaleza.

Garrett, que ha guardado silencio hasta ahora, se lleva su botella de Gatorade a los labios... y por un breve instante todos dejan de hablar. Sin querer. Casi como un hipido mental mientras ven a mi hermano tragarse el refrescante líquido azul. Al final, el señor Burnside rompe el silencio:

—Ya hablaremos —dice mientras se vuelve para marcharse.

Siempre termina las conversaciones así, y es la señal que pone fin a nuestra imprecisa hermandad. Todos se despiden y regresan a sus casas, pero más de un par de ojos se detiene en la botella vacía de Gatorade de Garrett antes de marcharse.

—¡Excursión al Costco! —dice el tío Laurel más tarde, sobre las cinco—. ¿Quién se viene?

—¿Me vas a comprar un perrito caliente? —pregunta Garrett, que sabe que, aunque el tío diga que no, se lo comprará de todos modos. Laurel es un blando.

—Los perritos calientes son el menor de nuestros problemas —le digo, y él no me lo discute. Sabe por qué vamos, no es tan estúpido. Aun así, también sabe que le comprarán un perrito caliente.

Nos subimos en la parte de delante de la ranchera todoterreno del tío Laurel, que tiene una suspensión mucho más alta de la que debería permitírsele a un hombre de su edad.

—Mamá dice que tenemos unas cuantas botellas de agua en el garaje —comenta Garrett.